

El frente único y la CNT

Emilio Ruiz

Marzo de 1934

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 314-319; publicado en *Comunismo*, número 33, marzo de 1934)

No hace mucho tiempo decíamos en estas mismas columnas que quizás el anarquismo español esté llamado a representar en España un papel tan nefasto como el jugado en Alemania por el estalinismo. Queríamos decir con ello que ejerciendo su influencia sobre extensas masas obreras (igual que el PC alemán), siendo la segunda organización obrera por el número de afiliados (igual que el PC alemán), con su política sectaria, (también es ultimativista el anarquismo español: “en las filas de la CNT está hecho el verdadero frente único”), puede conducir al proletariado hispano a una derrota semejante a la que el estalinismo condujo a la clase obrera alemana.

El acierto de una actuación de la fracción más avanzada del movimiento obrero no está sólo determinado por la decisión e incluso el heroísmo que demuestre en el momento culminante del desarrollo de los acontecimientos. El acierto está dictado por una política justa anterior a la culminación de los hechos y porque cuando éstos surjan haya preparado su eficacia. Sin esto, las generalizaciones e incluso los propósitos heroicos para los momentos decisivos de poco sirven en el terreno de las realidades. Los anarquistas quieren excusarse de una táctica inhibitoria ahora, es decir, en la preparación orgánica de la victoria, anticipando su propósito resuelto en el momento decisivo y alegando reiterados precedentes. Con esto, parecen quedar satisfechos, con su conciencia de militantes obreros tranquila y fortaleciendo optimistamente la perspectiva con el ejemplo de sus “gestas” pasadas.

Y es precisamente el pasado el que no abona la bondad de la táctica empleada y el que debía enseñarles que la rectificación se impone. Pero a este reconocimiento del error es a lo que más tenazmente se oponen los faístas, que durante todo el curso de la revolución española no han hecho más que conducir al proletariado de derrota en derrota, y que por lo visto no tendrían inconveniente alguno en preparar nuevos fracasos. Se ha creado un mito, el de la confederación bastándose a sí sola, y en torno a él se hace todo género de literatura eufórica, sin tomarse la molestia de mirar la verdad cara a cara y de tratar de encontrar nuevos caminos, dado que los otros se han visto que son impracticables. Ciertamente que con ese horizonte tan limitado no hay posibilidad de abarcar mucho.

Después de los últimos movimientos anarquistas, con los resultados catastróficos que todos conocemos, una profunda crisis se ha abierto en el propio seno de la CNT. Son muchos los trabajadores influenciados por el anarquismo, pero con un sentido práctico de la realidad los que desean y piden una rectificación total de conducta. Su voz, con más o menos éxito, es ahogada en el interior de las organizaciones por los grupitos de fanatizados; pero esto no impide que el descontento se exteriorice. La burocracia reformista frena y ahoga la crítica de los trabajadores mediante medidas administrativas, con la protección gubernamental a veces y en ocasiones con el pisoteo escandaloso de toda democracia. La burocracia constituye un poder independiente dentro de las organizaciones y forma una verdadera oligarquía a base del apoyo de la aristocracia obrera y de los intereses creados. Los grupos anarquistas constituyen en la organización un poder despótico y autoritario que se impone por procedimientos dictatoriales y usa en casos procedimientos de terror. En la colaboración viven como pez en el agua los bonzos

reformistas, porque ésta les da posiciones de predominio para combatir el espíritu rebelde de los trabajadores; la ilegalidad colma los deseos anarquistas, porque con ella escapan a todo control y asumen facultades despóticas. La ilegalidad de la confederación en sus ya largos años nos ha demostrado que sirve para el prevalecimiento y la hegemonía de los más irresponsables grupos anarquistas.

Por mucho que sea el esfuerzo faísta para ocultar el sentimiento prevaleciente en los medios confederales, no se podrá silenciar el que los obreros confederados, a la luz de la experiencia de los fracasos, tanto nacionales como extranjeros, reconocen que ante la reacción y el fascismo la única táctica justa que se impone es la del frente único, o unidad de acción si este término desagrada, aunque es más justamente expresivo. Indica que esta corriente es fuertemente sentida, el hecho de que en aquellas localidades donde el virus de la intransigencia fanática faísta no ha hecho todavía estragos, los obreros confederales han aceptado la unión o pacto con las demás tendencias trabajadoras. Pero la cosa no queda reducida a esto. Incluso en la mayoría de las confederaciones regionales se ha abierto paso este criterio. La posición más puramente intransigente ha quedado reducida, al parecer, a la regional catalana, la más definidamente anarquista por tradición.

Ante la corriente favorable al frente único en los medios confederales, corriente que se ha expresado incluso en las columnas de la prensa (artículos en “La Tierra” de caracterizados militantes anarquistas), el Comité Nacional se creyó en la obligación de convocar a un pleno nacional para tratar fundamentalmente esta cuestión y fijar un criterio oficial ante ella. El pleno se celebró el día 8 de febrero, y la prensa nos ha dado a conocer la siguiente resolución adoptada, en la que intenta definir la posición de la Confederación Nacional del Trabajo ante el problema del frente único:

“Causas ajenas a la organización confederal en general impidieron a ésta dirigirse antes a la clase trabajadora como hubiera sido su deseo. Reunido el pleno nacional con la representación de todas las regionales, estudió detenidamente la situación política y social de España, constatando que tanto las libertades individuales como los derechos ciudadanos se encuentran en la actualidad restringidos y conculcados como en los peores tiempos de la Monarquía. Los dos años de represión consecutiva por parte de los elementos republicanos y socialistas que han gobernado al país han dado razón a lo propagado por la Confederación Nacional del Trabajo en el sentido de que la República, como todos los regímenes conservadores y democráticos, no pueden dar satisfacción a las necesidades y aspiraciones de la clase trabajadora.

Y considerando que la conducta de la República española tiende a conducir al país a la implantación del fascismo, el pleno determina marcar la posición de la organización, demostrando a través de ella a la clase trabajadora que la Confederación Nacional del Trabajo, respondiendo a su trayectoria revolucionaria, y atenta a las manifestaciones de los organismos representativos de la UGT, está dispuesta, como siempre, a contribuir con todas sus fuerzas a todo movimiento revolucionario que tienda a la manumisión de toda, pero toda, la clase trabajadora, sin que esta manifestación hartamente conocida implique compromiso o pacto alguno con fuerzas o partidos políticos.

Por lo tanto, la Confederación Nacional del Trabajo emplaza a la UGT a que manifieste clara y públicamente cuáles son sus aspiraciones revolucionarias. Pero téngase en cuenta que al hablar de revolución no debe hacerse creyendo que se va a un simple cambio de poderes, como el 14 de abril, sino a la supresión total del capitalismo y del estado.

Por la ponencia: *Andalucía, Centro, Galicia, Cataluña y Comité Nacional.* - Aceptan y acuerdan por unanimidad: *Andalucía, Centro, Galicia, Cataluña, Baleares, Norte, Asturias, Levante, Aragón, Rioja y Navarra.* -Barcelona, 12 de febrero de 1934.”

Lo primero que se advierte con la lectura de las anteriores líneas es que esta resolución es de las llamadas de conciliación o compromiso. A través de ella se puede averiguar que la unanimidad entre las distintas regionales no ha sido completa y que se ha llegado a una fórmula en que, sin abandonar las antiguas posiciones, tampoco se acepta francamente el nuevo curso. Tras palabras fuertes, detonantes, tan queridas al anarquismo, se oculta una postura vaga que no quiere afrontar resuelta y francamente la situación. Pero eso sí, el ultimatismo es lo único que con toda claridad se desprende de la resolución adoptada.

El anarquismo, que tanta ferocidad pone en combatir al comunismo oficial, aprende de éste sin embargo, no sabemos si consciente o inconscientemente, lo que tiene de peor, sobre todo en lo que al frente único se refiere: el ultimatismo, es decir, el plantear el problema. en la forma siguiente: “o se aceptan plenamente estas consignas que formulamos (que, naturalmente, son las generales del partido) o no aceptamos el frente único”. Es lamentable que concepciones tan elementales haya que repetirlas y aun aclararlas.

Si los comunistas y socialistas aceptamos la necesidad inmediata de la supresión del estado (no creemos necesario aclarar nuestro criterio teórico sobre el estado, su papel, su carácter transitorio y su desaparición en una sociedad sin clases), dejaremos de ser comunistas y socialistas para aceptar la doctrina libertaria. Si la aceptáramos, el frente único sería innecesario, porque se habría establecido la unificación sobre el terreno de los principios. Para llegar al frente único no se trata de destacar lo que nos separa y de imponerlo a los demás, sino de ver lo que nos une, lo que nos es común, para, sobre esta base, establecer el acuerdo. Por si alguna duda nos cupiera sobre este propósito ultimartista de la irresponsabilidad faísta, en un editorial de “Solidaridad Obrera”, correspondiente al 16 de febrero, leemos, bajo el título de “Lo que se discute. El frente único”:

“En todo caso, queda en pie esta deducción: el frente único constituido en las alturas es contraproducente; pero un frente unificado por la base, entre simples obreros de todos los campos sociales y dispuestos a levantarse revolucionariamente, tiene utilidad y significa la victoria.

Entonces es cuando tenemos que recurrir a la segunda pregunta que objetábamos: ¿es posible el frente único apetecido?

Actualmente, la posibilidad no existe. En absoluto.

Si para operar la unificación es indispensable un denominador común, basado en una coincidencia mínima que tiene que ser el objetivo que lleva consigo la destrucción del capitalismo y del estado, los socialistas que defienden en el parlamento una constitución capitalista que están dispuestos incluso a defender en la calle, y los comunistas estatales que tienden a la formación de un estado nuevo, ¿cómo van a ir a un frente que tiende a destruir lo que ellos defienden y desean?

¿Y quién sino las directivas de tales partidos son las que se disponen a operar, tratar y regatear el frente?

Creo que está bastante clara la imposibilidad.

Sólo existe una fórmula que haría viable la formación del removido frente: que los obreros comunistas, socialistas, ugetistas o lo que sean, rebasen a sus dirigentes y se unan a los demás obreros en abierta revolución, aceptando explícitamente el objetivo mínimo posible, después de pasar por encima de sus directores.”

He aquí un magnífico modelo de cerrilismo mental, adobado con las más truculentas e infantiles palabras. Los faístas, en nombre de una táctica que ha fracasado una y mil veces en el movimiento obrero, quieren imponerla. Pero vemos también que se recoge una de las consignas más peculiares del estalinismo: la del frente único por la base, de la que en el pasado frecuentemente se burlaban los propios anarquistas. El anarquismo

ha comenzado a abastecerse en el almacén de errores del estalinismo: ultimatismo y frente único por la base. Estos errores fundamentales condujeron al proletariado alemán a la derrota y dieron a Hitler la posibilidad de alcanzar el poder. ¿Quiere el anarquismo español hacerse históricamente responsable de la derrota?

Hay una tendencia peligrosa en el seno del movimiento obrero español respecto a la apreciación que sobre la actitud ante el frente único adoptan los faístas, que, desgraciadamente, controlan la CNT. Es la consistente en subestimar la actitud actual de los anarquistas pensando que en los momentos decisivos se contará resueltamente con ellos. Esto es a partir de un concepto simplista e infantil del desenvolvimiento de los acontecimientos políticos. El proletariado se halla seriamente amenazado por el peligro de desarrollo del fascismo español. Ciertamente, éste, en su carácter puro, no cuenta todavía en España con grandes fuerzas organizadas que le permitan desarrollar una gran acción de envergadura y pretensiones. Pero a su lado hay numerosas fracciones (Renovación Española, Acción Popular) de carácter semifascista, que en el curso de los sucesos políticos irán adquiriendo una fisonomía más definida. El proletariado precisa concertar desde ahora mismo sus esfuerzos, pero no sólo para una acción definitiva final, sino para toda una actuación que tenga su correspondiente culminación. Esto es lo que parecen ignorar, o por lo menos no comprenden, los anarquistas.

El anarquismo, igual que el estalinismo, tiene por aspiración única la absorción de las demás tendencias obreras, y a ello supedita exclusivamente su táctica, que prácticamente se convierte en toda una serie de maniobras que no tienen en cuenta los intereses superiores y generales del proletariado. Es legítimo y natural que toda tendencia luche por extender la influencia de sus puntos de vista e incluso por lograr que las demás organizaciones las acepten. Pero esto de ninguna manera puede disculpar el que cuando existe la posibilidad de una acción de conjunto de todas las tendencias para unos objetivos determinados y comunes a todos, se obstaculice queriendo imponer el programa máximo de su organización. Para ello, el método más común es recordar toda la cadena de errores, traiciones y claudicaciones del reformismo para llegar a la conclusión de que es imposible todo pacto o acuerdo con ellos. De ninguna manera toda la inmensa traición de la socialdemocracia, responsable de la actual situación del proletariado en todos los países, debe olvidarse, ni aun siquiera silenciarse. Los burócratas sindicales reformistas, a los que nada les importa los intereses de la clase trabajadora, pueden en fútiles pretextos refugiar su negativa a toda acción con las otras tendencias; pero las fracciones revolucionarias del proletariado, que ante todo tienen o debieran tener en cuenta la defensa del interés obrero, están en la obligación de aprovechar del socialismo hasta el menor intento de defender al proletariado, haciéndole llegar a las últimas consecuencias. Pero nos encontramos con que tanto para el anarquismo como para el estalinismo el peor mal de los males es que se insinúe el menor propósito de enmienda en el socialismo. Cuando se estima que esto puede producirse, parece que para ellos el mayor deseo es impulsar al reformismo a que no rectifique, lanzarle de nuevo en la perseveración de los errores. Y a esto se le llama táctica revolucionaria.

Actualmente la Confederación Nacional del Trabajo se halla fundamentalmente quebrantada, no tanto por la represión gubernamental como por la crisis interior. Siempre hemos dicho que si las represiones gubernamentales permitían, al ceder, que la confederación se alzase potente, en cambio la crisis por los errores de táctica, por la crítica de los militantes, podría acabar con la potencialidad confederal. Independientemente de la última represión, y ya antes de ella, la CNT se encuentra extraordinariamente debilitada. Los obreros que no tienen suficiente decisión para enfrentarse con los grupos responsables abandonan la organización; otros pasan a los sindicatos de oposición, dirigidos por los *treintistas*, y los menos van a parar a la UGT. El faísmo, que está

destinado a convertirse en el sepulturero de la confederación, no quiere ni desea rectificación del pasado o, por lo menos, el simple análisis. Se prepara a cometer nuevos errores, pero errores que no recaen sólo sobre ellos, sino sobre el conjunto del movimiento obrero.

Afortunadamente, una corriente más orientada comienza a dibujarse, incluso a manifestarse. Esta corriente, independiente del *treintismo*, del que dice no acepta ni su reformismo ni su revisionismo, cuenta, al parecer con mayor fuerza en Centro (Madrid) Aragón, Asturias y Galicia. Si nuestros informes son ciertos, se prepara incluso para en breve la publicación de un periódico. Esto puede significar la lucha por establecer un criterio acertado, combatiendo desde el interior de la organización, al igual que los *treintistas* lo hacen desde el exterior. Nosotros creemos que la necesidad del frente único de todos los trabajadores irá abriéndose paso en los medios confederales, que terminarán por aceptar la necesidad.

El socialismo y el faísmo parecen interesados en que el proletariado vaya perdiendo terreno y que la burguesía lo gane. En una especie de emulación con el socialismo, neófito éste en el campo revolucionario, se esfuerzan por una superación en las consignas finales, mientras se descuida la realidad y las conquistas y defensa de las conquistas de todos los días. El faísmo niega su ayuda hoy en nombre de la ayuda decisiva de mañana. Entretanto, enzarzados en estos juegos, es la reacción la que va ganando posiciones al proletariado.

Por la presión de la masa de militantes confederales que tienen el instinto de que sus intereses y reivindicaciones de clase peligran, es preciso imponer a la confederación una rectificación de conducta. El frente único hay que aceptarlo plenamente; sin maniobras y sin boicoteado, hoy en que la conjunción de esfuerzos es más necesaria, con la promesa de heroicas *gestas* en el porvenir.

EMILIO RUIZ

[Edicions Internacionals Sedov](#)

[Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)



germinal_1917@yahoo.es